

LA VENEZUELA QUE QUERÍA BOLÍVAR
Aníbal Romero
(Especial para la Revista Zeta)
(2004)

El Discurso de Angostura es seguramente el más importante documento público que produjo Simón Bolívar. Es también el texto donde con mayor claridad definió los lineamientos generales de lo que aspiraba para Venezuela. Se trata a la vez, y paradójicamente en vista de su relevancia, de un documento poco conocido, leído casi siempre de manera superficial, escasamente discutido a fondo por los historiadores—con excepciones, como la de Germán Carrera Damas—, citado fuera de contexto, y quizás deliberadamente minimizado por algunos, debido al tono y naturaleza de sus contenidos, que poco se ajustan a cierta visión idealizada y distorsionada sobre el proyecto político del Libertador.

Conviene recordar las circunstancias en que Bolívar escribió y luego pronunció su Discurso, el 15 de febrero de 1819. Faltaban todavía más de cinco años para que tuviese lugar la batalla de Carabobo, y no habían acontecido aún el paso de los Andes y la batalla de Boyacá. Las regiones más significativas de Venezuela en los planos político y económico, así como las más pobladas, seguían bajo dominio español, y Morillo tenía razones para sentirse confiado acerca de la estabilidad de su control. Para ese momento, Bolívar era un General que acumulaba en su haber derrotas importantes. Había sido testigo del fin de dos Repúblicas, la primera en 1812 con la capitulación patriota, y la segunda en 1814, arrastrada por el huracán de la guerra social encabezada por Boves. La ayuda haitiana y las expediciones de los Cayos, entre 1815 y 1816, le habían conducido a establecer su presencia de nuevo en Venezuela, y una mezcla de circunstancias y de talento estratégico le llevaron a mover el centro de gravedad geográfico de la acción patriota hacia la zona de Guayana en 1817.

En esos tiempos Bolívar concretó dos logros de enorme significación. Por un lado, su acercamiento a Páez y los llaneros, y por otro el fusilamiento de Piar, que significó la consolidación de su autoridad y asestó un golpe muy severo a las divisiones sociales en las filas patriotas, y a los intentos de despertar otra vez los gérmenes de la guerra racial o “de castas”. Piar, a la manera de Boves, había tratado de usar el color de la piel para promover su liderazgo, y Bolívar, que le temía a eso más que a cualquier otra cosa, actuó con decisión y contuvo a tiempo la amenaza. Su esfuerzo de 1818, en la denominada “Campaña del Centro”, para invadir desde los llanos las zonas centrales y más importantes del país, había fracasado por la excesiva improvisación y el débil compromiso de Páez y sus llaneros, que no le veían demasiadas perspectivas al plan de Bolívar, y eran de paso renuentes a abandonar sus bases del Apure.

De modo pues que el saldo político-militar que Bolívar podía presentar ante los participantes en el Congreso, reunidos en Angostura ese febrero de 1819, era —para ser indulgentes— un saldo mixto de logros y reveses. Del lado positivo se hallaban el fortalecimiento de su liderazgo entre los caudillos patriotas y la alianza con Páez, así como el establecimiento de las bases en Guayana y el inicio de la ayuda inglesa a través del Orinoco. A ello se sumaba, como ya mencioné, la contención temporal de la amenaza representada por la “guerra de castas” en las filas patriotas. Del lado negativo estaba el hecho de que Morillo y los realistas preservaban un significativo control en buena parte del país; además, la Campaña del Centro había terminado en un serio fracaso militar.

Llama por tanto poderosamente la atención que en tales circunstancias, no demasiado alentadoras, Bolívar se mostró frente al Congreso haciendo gala de una infinita confianza en la victoria final que esperaba a la causa patriota, dispuesto a leer un texto que muy poco tenía que ver con los aspectos concretos de las recientes campañas militares y vicisitudes políticas, y sí más bien mucho que ver con las perspectivas político-institucionales de la nación que tendría que

surgir de los avatares de la guerra. En otras palabras, lejos de detenerse en un análisis pormenorizado de los eventos inmediatos y de la situación presente, Bolívar le planteó como misión al Congreso —en sus palabras en el Discurso— “la creación de un cuerpo político y, aun se podría decir, la creación de una sociedad entera” (Simón Bolívar, Discurso de Angostura, en: **Escritos políticos**, Madrid: Alianza Editorial, 1981, p. 96). Bolívar no se limitó a proponer esta tarea al Congreso, sino que aportó su punto de vista acerca del esquema de gobierno que debía sustentar la nueva República en ciernes, y que serviría de plataforma para su proyección en el tiempo.

En síntesis, la Venezuela que quería Bolívar, la Venezuela que además creía posible —como veremos—, debía en su opinión basarse en la creación de una nueva élite dominante, que sustituyese la élite “mantuana” de blancos criollos herederos de los primeros conquistadores, que detentaba el poder social y económico en la colonia y que había sido decapitada por la guerra independentista. La nueva élite que Bolívar pretendía formar tomaría las riendas de un país extenuado luego de años de violencia feroz, ruina económica, división social, descalabro político y decadencia demográfica, para gobernarlo por un período largo, estimulando gradualmente las condiciones de su recuperación. Este proceso tendría lugar en el marco de un mando severo pero paternal, de una especie de autoritarismo “blando” que procuraría el avance de la gente hacia un nivel más alto de civilización, mediante la educación y el cultivo de usos y costumbres “moderados”, y bajo el cuidado y supervisión de una especie de cenáculo de elegidos, provistos de un gran Poder Moral, y capaces de orientar a un pueblo incapaz, en esos tiempos y circunstancias, de dirigirse por sí mismo excepto a costa de la anarquía o del más descarnado despotismo.

El Discurso de Angostura es inequívoco al respecto. Bolívar partió de la premisa según la cual, signado por el legado colonial y marcado por el torbellino de la guerra, el pueblo venezolano de entonces era “ignorante”, “crédulo”, “inexperto”, “débil”, “pervertido” y dispuesto a adoptar como realidades “las que

son puras ilusiones”. Era un pueblo que a su modo de ver las cosas, tendría que fortalecer su espíritu mucho antes de que estuviese en condiciones de “digerir el saludable nutritivo de la Libertad” (pp. 97-98). En resumen, enfatizó Bolívar, la “Constitución moral” del pueblo venezolano de la época, sumada a la devastación de la guerra, imposibilitaban el establecimiento de un gobierno “completamente Representativo”, propio de una “República de Santos” (pp. 102-103). Se imponía tomar en cuenta el peso de la realidad, alejarse de las pretensiones utópicas, y entender que la República por nacer requeriría de una mano firme, capaz de “contener el ímpetu del pueblo hacia la licencia” (p.113).

Es de interés constatar que en su Discurso, Bolívar apuntó que la diversidad de origen social y racial del pueblo venezolano de entonces, exigía “un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración” (p. 104). Esta aseveración, por lo demás cierta y atinada, podía haberle servido a él mismo y al resto de los miembros del “mantuanismo” criollo como elemento de autocrítica, pues habían sido ellos los que en 1810-1811 asumieron la vanguardia de un movimiento independentista que, en efecto, alteró radicalmente —y no de modo “ligero”— la complicada estructura de control colonial, estructura que integraba precisamente a esos “mantuanos” (Bolívar entre ellos) como un factor clave de estabilidad y legitimidad.

Desde el punto de vista de sus intereses como grupo de élite, la Independencia hundió al “mantuanismo” criollo, arrojándole al volcán de una guerra social que eventualmente le condujo a su liquidación como sector dominante en la colonia. El “complicado artificio” de un esquema de dominación que concedía enorme poder a la élite criolla fue desencajado por ese mismo grupo social, y ya en 1819 Bolívar tenía clara conciencia de que “su” gente, el sector dentro del cual había nacido y que por más de dos siglos había ocupado la cúspide del poder social y económico en la colonia, estaba exangüe. Sus

desvencijados restos eran incapaces, por sí solos, de asumir el control de la nación que se asomaba al futuro.

De allí que en su Discurso Bolívar se propuso abrir la senda para la creación de una nueva élite, no ya de carácter social, sino de esencia y objetivos meritocráticos y políticos, una élite extraída fundamentalmente del seno de aquéllos que ahora llevaban adelante la lucha: los jefes militares patriotas. El mecanismo para hacer surgir esta nueva élite sería el Senado Hereditario. Bolívar procuró adelantarse a las acusaciones que sabría se le harían, y al proponer el Senado Hereditario en el Discurso de inmediato argumentó que “no es una nobleza la que pretendo establecer...Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber, y los medios proporcionados para adquirir su instrucción” (p. 109). No obstante, a Bolívar no le quedaba otro remedio que acudir, como fuente primigenia de la nueva élite, a “los Libertadores de Venezuela”, quienes, en sus términos en el Discurso, “son acreedores a ocupar siempre un alto rango en la República que les debe su existencia”. Y añadió esto: “es del interés público, es de la gratitud de Venezuela, es del honor Nacional, conservar con gloria hasta la última posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados que superando todos los obstáculos, han fundado la República a costa de los más heroicos sacrificios. Y si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser Libre, y no lo será jamás” (pp. 109-110).

La nueva élite dirigente saldría inicialmente de una elección hecha por el Congreso, que como el mismo Bolívar indica, estaría centrada en los “Libertadores de Venezuela”. A partir de allí sería hereditaria, y los hijos de los Senadores deberían educarse “en un Colegio especialmente destinado para instruir aquellos tutores, Legisladores futuros de la Patria. Aprenderían las artes, las ciencias, y las letras que adornan el espíritu de un hombre público: desde su infancia ellos sabrían a qué carrera la Providencia les destinaba, y desde muy tiernos elevarían su alma a la dignidad que los espera” (p. 109).

Sería injusto acusar a Bolívar de mentirle al Congreso cuando sostuvo que no deseaba establecer una “nobleza” con su Senado Hereditario. No dudo que ésa no era su intención. Bolívar hizo su propuesta impulsado por dos motivos: En primer término, su aguda conciencia del desastre infligido por la guerra de independencia al cuerpo y el espíritu de una Venezuela postrada bajo la catástrofe; en segundo término, su sentido de responsabilidad y su vocación de constructor político, que deseaba con todas sus fuerzas extraer del caos imperante y previsible un factor creador, que permitiese levantar una nación de las ruinas de la conflagración. De allí que la propuesta del Senado Hereditario hay que entenderla en dos sentidos: Primero, como expresión de la conciencia que tenía Bolívar acerca de la necesidad de una élite dominante, meritocrática y paternal en este caso, para conducir los destinos de un país que de lo contrario sucumbiría ante la anarquía o el despotismo —como en efecto ocurrió. Segundo, la propuesta ponía de manifiesto igualmente el otro lado, por decirlo así, del intelecto y el alma de Bolívar, un intelecto y un alma en los que coexistían un frío realismo y una férrea voluntad de conectarse con la realidad, junto a un idealismo a veces desbordado, una propensión a la utopía, y una tendencia a desprenderse de la cruda verdad de las cosas para refugiarse en un ámbito de esperanzas sin fundamento.

Resulta sorprendente a esta distancia, y en cierto sentido desconsolador, comprobar que un personaje con el talento y realismo políticos de Bolívar hubiese creído posible, en 1819, en medio de un país en el que casi no existían escuelas, y las pocas que habían estaban en el foso del más tenaz atraso, la creación de un Colegio especial para instruir a esa nueva élite. El asombro aumenta cuando consideramos la exigüa credibilidad que podía suscitar una propuesta semejante, en un contexto sociopolítico que ya para ese momento reflejaba todas las consecuencias del maremoto igualitario de la guerra social de los años 1813 y 1814, cuyas secuelas se quedaron para siempre implantadas en el ánimo de los venezolanos. Los recios, implacables y veteranos jefes militares

que escuchaban a Bolívar, y los no menos “duros” civiles allí presentes, no aprobaron la propuesta del Libertador. No obstante, nada indica que no hayan recibido con beneplácito otro planteamiento del mismo Discurso, cuando Bolívar pidió que el Congreso ordenase “la distribución de los Bienes Nacionales, conforme a la Ley que a nombre de la República he decretado a beneficio de los Militares Venezolanos” (p. 121). Ya desde entonces el tesoro público se usó para recompensar a los “salvadores de la Patria”.

Aunque luzca extraño, y parezca irreverente a un público acostumbrado a la versión retórica, simplista y glorificada del pensamiento político del Libertador, lo cierto es que la Venezuela que quería Bolívar —o, sería mejor decir, la que consideraba viable luego de los desastres de la guerra y sus consecuencias— no era demasiado distinta a la que existía antes de 1810, la Venezuela en la que él se formó y que conoció como destacado miembro del grupo social privilegiado de la colonia. En 1819 Bolívar vislumbraba un país regido por una élite ilustrada pero autóctona —sin presencia extranjera, y sin esclavitud—, que actuaría con criterio paternal en función del bien colectivo. ¿Qué otra cosa, por lo demás, había caracterizado la existencia colonial durante los doscientos años previos, cuando el “mantuanismo” ejercía el poder social bajo la tutela benevolente de las autoridades peninsulares?

En 1819 Bolívar todavía se permitía abrigar ilusiones positivas acerca del posible destino de la Venezuela en proceso de emancipación. Después de 1825, no obstante, ya en la etapa final de su carrera, la perspectiva de Bolívar acerca de lo que esperaba a Venezuela y el resto de los países recién independizados se tornó definitivamente sombría y radicalmente pesimista, y de su visión desaparecieron hasta los más mínimos trazos de confianza en que algo diferente a la anarquía y el despotismo aguardaba a las ex-colonias españolas de América.

Incurriría en una falta de equilibrio si no enfatizase mi opinión de que la nueva élite propuesta por Bolívar en Angostura, se enraizaba en su convicción

de que un grupo de tal naturaleza era una especie de imperativo histórico, como instrumento de estabilización y progreso en un país arrasado, que requeriría décadas de paz bajo un gobierno paternal y probo para su avance. Con el Senado Hereditario Bolívar procuró llenar el vacío originado por la liquidación sociopolítica del “mantuanismo” criollo, de esa élite a la que él y sus antepasados habían pertenecido, una élite que quiso conquistar con la Independencia lo único que no tenían a plenitud: poder político, y en aras del cual los criollos dominantes abrieron las compuertas de una revolución que acabó por devorarles. Pero lo destruído difícilmente puede reconstruirse, y a los seres humanos no nos es dado tenerlo todo a la vez: independencia y estabilidad, igualdad y progreso, justicia y democracia. Bolívar impulsó decisivamente la Independencia, pero las estructuras de legitimidad derribadas no volvieron a brotar en una dirección renovada y estable. Lo que se fue se perdió para siempre, y lo que nació vino envuelto en los conflictos e iniquidades de una Historia Patria que todavía hoy experimenta los dolores de parto de una Libertad que no parece germinar plenamente en nuestra tierra, asolada de desencantos.